

La gente indeterminada, el personal de tu pueblo que te considera como de la familia o más y te confía sus cuitas, te dice cada cosa que es para des-ternillarse o para inflarse como un pavo, porque no hay satisfacción mayor ni alegría más grande que la de verse querido con tan buen cariño.

Y eso son los apodos, una prueba de cariño familiar muchas veces puestos por el padre lleno de mimo hacia el chico que le enternece con sus gracias. Y cuando es puesto por la corrección de vanidades infundadas, o defectos singulares e irreversibles, como es el caso del mismo Basto o el de Pucheritos cuya expresión facial quejumbrosa con el soponcio que precede al llanto, era tan manifiesto desde chico que no se podía dudar de la agudeza de la gente al designarlo.

Algunas veces se revuelven las palabras de tal modo que acaban los nombres tomando la supremacía de los apodos pues el valor simbólico del apodo es de siempre y para siempre, muy superior al del nombre llamado propio, hasta el punto que en muchos casos se los ponen los propios interesados para sobresalir o alzarse sobre nombres o apellidos demasiado vulgares.

Son ejemplo de esto entre nosotros los escritores, los toreros y hasta los bandidos. Y en cualquier pueblo la mayoría de las personas significadas que lo habitan.

Los Galianas son un apellido de los mejor implantados en Alcázar con categoría de mote y por su claridad aplicado a muchos de los que no lo llevan, pero que atendían por él admirablemente aunque después no lo usaran en la escritura, naturalmente.

Es el caso de Dieguito Galiana, tan reciente, que él puso tanto empeño en sepultar inútilmente aireando cuanto pudo su Gonzalez y Pérez-Vázquez.

Casi todos ellos figuran en esta obra por lo muy considerados y bien relacionados, pero lo que yo no sabía y he descubierto leyendo a un autor castellano, es que se denominan así las cañadas o vertientes de los cerros.

Casares dice que Galiana es el nombre de las cañadas o vías pastoriles. Y con este gran diccionario ideológico se muestran de acuerdo los demás diccionarios de uso corriente, empezando por el de la Real Academia.

Seguro que Dieguito no sabía eso ni sus primos los de don Vicente que todavía andan por el mundo aunque jubilados, que es no andar y tambalearse.

II

La suerte, que sale siempre al paso del perseverante, y por conducto de una mujer que es un torbellino de inquietud y se llama Gloria siendo un infierno, me ha traído esta demostrativa y característica fotografía de Pucheritos siendo niño, Antonio Castellanos Alvarez, una trilla doble puesta sobre los caudales de don Joaquín que logró pulverizar lo que parecía imposible.

Se casó con la hija de don Gonzalo-Consuelo que tuvo una niña, falleciendo tempranamente la hija y la madre con lo que Antonio perdió el regulador y le faltó gas para el final de su viaje, dejando barrida la era.

La fotografía está hecha por Benjamín Esperón. Es su clase, pero en Herencia, como si hubiera estado establecido allí antes que en Alcázar.